TEMA 2

LA VOCACIÓN AL AMOR

La belleza y bondad del plan de Dios sobre el matrimonio.
El arte de amar y sus etapas. El amor conyugal y sus notas.

Introducción para el monitor

Este tema forma una unidad con el siguiente: la vocación al amor y la sexualidad humana están íntimamente unidos.

Vamos a proceder con los siguientes pasos. Trataremos, primero, de describir las características del amor humano en general: descubrir la hondura y la profundidad del amor como decisión de comunión de vida y de donación de uno mismo; trataremos, también, de las diversas etapas en el amor: este amor es algo dinámico, que se construye día a día. Hablaremos, después, de la originalidad de la experiencia del amor cristiano: el amor de Dios al hombre manifestado en Cristo. Señalaremos las más importantes características del amor matrimonial, invitándonos a cuidarlas y cultivarlas.

Desarrollo del tema

Hemos sido creados para amar. Al crearnos a su imagen, el Dios, que es Amor, ha inscrito en la humanidad del hombre y de la mujer la vocación, la capacidad y la responsabilidad del amor y la comunión. El amor es, pues, la vocación fundamental e innata de todo ser humano.

Amar y ser amado es la aspiración y la tendencia más profunda que experimenta la persona humana. Sin embargo, amar bien, amar de verdad, es difícil para todos.

1. El amor humano

Hoy en día, como en todos los tiempos, existen innumerables opiniones diferentes y hasta contradictorias sobre el amor humano y sobre el amor matrimonial. Amar, es hacerse cargo del ser y de la vida del otro, considerar la vida y la felicidad del otro como parte de la propia vida y felicidad.

Como vimos en el tema 1 , las personas humanas, aunque limitadas, somos también ricas por ser lo que somos y por nuestras cualidades; somos únicas y originales. De aquí surge también la tendencia psicológica a exponer y comunicar lo que somos y tenemos. Esta tendencia "efusiva" es manifestación de la verdad básica de la fe cristiana, según la cual la criatura humana es imagen y semejanza de Dios, que es amor y comunión. Por eso, el hombre en su ser más profundo tiende al amor y a la comunión con el prójimo, con el mundo y con Dios.

Ahondando en nuestra naturaleza, descubrimos que es condición de las criaturas no poder vivir sino a partir del amor de otro, de los demás, y, en último término, de Dios; que nos crea por amor. Amando alcanzamos la plenitud de nuestro ser, la mayor

cercanía con Dios, el mayor nivel de felicidad. Aprender a amar es la gran tarea del ser humano.

La salida amorosa del hombre hacia el otro está condicionada por dos aspectos que se complementan, aunque en la práctica pueden parecer difíciles de integrar. El primero es **la aceptación incondicional del otro**. Lograr transmitirle que, así como es, lo consideramos digno de nuestro amor. Amar es reconciliarnos con la realidad del otro, limitada y defectuosa, distinta de la nuestra; pero original, rica y digna de amor. La aceptación es lo contrario de la posesión y de la instrumentalización.

Pero amar es también hacer posible que el otro sea, que sea él mismo y crezca y se perfeccione como él mismo. Es **querer el bien del otro**. Esta contribución al bien del otro requiere en gran medida olvido de nosotros mismos, y requiere positivamente la donación desinteresada de nosotros mismos. Dar lo nuestro y darnos nosotros. No para que el otro sea como nosotros, o venga a ser "yo", sino para que transforme y haga "suyo" lo "nuestro".

No es nada fácil esta tarea. Sólo Dios ama de manera perfecta. A nosotros nos cabe sólo el aprendizaje y el perfeccionamiento en el amor, desde la fe y con la ayuda de Dios.

2. El proceso del amor conyugal

El amor entre un hombre y una mujer surge cuando se produce una atracción corporal recíproca (plano de la corporalidad) y se da la capacidad mutua de conocerse y comprenderse, utilizando para ello la inteligencia, el sentido común y la voluntad (plano de la espiritualidad). Sólo en este caso podrá establecerse entre la incipiente pareja una comunicación a nivel profundo (transferencia de ideas, sensaciones y sentimientos) racional y afectiva, hasta lograr verse por dentro el uno al otro (empatía). Hay un proceso y unos componentes en el amor conyugal:

* El amor es una relación entre personas que tienen una actitud individual y común respecto al bien. Comienza por descubrir el bien en el otro. Siento la **atracción** por el otro. Me atrae lo suyo, en lo físico, afectivo y espiritual. Esta atracción surge más fácilmente entre hombre y mujer porque responde a la tendencia sexual, componente del ser humano. Esta etapa coincide con el enamoramiento.

* Viene después la etapa del **deseo** de la otra persona a la que veo como un bien para mí. Tiene este amor, también, un componente sexual, ya que el otro sexo es visto y deseado como el complemento de la propia limitación. Pero este deseo del otro no se refiere necesariamente sólo al aspecto sensual, sino a toda la persona. No la deseo necesariamente como objeto para mí, sino como un bien que necesito para llenar mi carencia y mi necesidad.

* Pero el amor humano no es sólo atracción y deseo. También existe la **voluntad** que libremente decide buscar el bien del otro. La persona puede orientarse hacia el otro con la decisión de buscar su bien. Este tipo de amor nace no de la carencia, sino de la abundancia del que ama. Es la superación del egoísmo y del interés.

* El amor es una relación que busca la amistad y la comunión: espera la **reciprocidad**. En la reciprocidad se inicia el camino de la **amistad** y de la **comunión**. La reciprocidad es especialmente importante en el amor conyugal ya desde el noviazgo. Este

amor de reciprocidad tiende a la posesión del amado. Es el amor integrado, normal, el que cada día permite la unión y el intercambio existencial mutuo entre el hombre y la mujer. ¿El resultado? La aparición de la realidad misteriosa del "nosotros" como primer logro del amor, cuyo tramo inicial concluye en el matrimonio.

Pablo VI escribía: *"El amor conyugal es una forma singular de amistad personal, con la cual los esposos comparten generosamente todo, sin reservas indebidas o cálculos egoístas. Quien ama de verdad a su propio consorte, no lo ama sólo por lo que de él recibe, sino por sí mismo, gozoso de poderlo enriquecer con el don de sí"*[1].

3. Cualidades del amor conyugal

El amor de Dios, manifestado en Cristo, impregna y configura por la fe el amor humano. Configura también el amor conyugal, que es una manifestación, con características propias, del amor humano querido y creado por Dios. Vamos a señalar, ahora, algunas notas que dan un carácter específico al amor conyugal y otras que consideramos muy importantes para su perfeccionamiento.

La totalidad

El amor de esposos es una experiencia común al alcance de todos, pero difícil de explicar. Hay en el corazón humano algo único e indivisible; capaz de entregar a la persona entera, que pide ser compartido con una persona, pero sólo con una, y que reclama de ella un amor igual. La palabra exclusividad no cuadra bien a esta característica positiva y plenificante del amor de esposos. Parece más acertado hablar de amor de totalidad.

La reciprocidad

El amor de esposos exige correspondencia. Pero el verbo "exigir" pone una nota de exterioridad y de imposición que ensombrece esta experiencia tal como es soñada y vivida. Sin duda, no responde a esta experiencia la expresión: "amar al otro para que él te ame a ti", como tampoco "porque él te ama a ti". Son demasiado groseras; en ellas resuena un tono de intercambio interesado que no responde a la generosidad del amor de pareja. Pero tampoco responde a él esta otra expresión "Amar al otro sin esperar nada a cambio". Se espera el amor del otro, aunque quizás la palabra "esperar" no sea la manera adecuada de expresarlo. Podrá ser más aproximada la expresión: "amar al otro contando con su amor". Sea como sea, el amor conyugal es la acogida y la donación totales de una persona que, a su vez, te acoge a ti y se entrega. Esta reciprocidad constituye la grandeza y, a la vez, la fuente de sus debilidades.

Esta reciprocidad no está reñida con otras manifestaciones del amor humano. El amor de pareja es un amor abierto y comprometido; puede y debe estar abierto a otras formas de amor y de amistad y a otras relaciones de compromiso con la sociedad.

La convivencia y la sexualidad

El amor de esposos se despliega en la convivencia diaria y pide expresarse sexualmente. Sobre la sexualidad en el amor matrimonial se va a hablar en el tema siguiente. En este momento ponemos de relieve este otro aspecto del amor conyugal: la convivencia. El

---

[1] HV, n. 9

amor matrimonial necesita que los esposos vivan juntos y compartan el mismo hogar; pide intimidad, mirarse a los ojos, estar transparente y sin defensas ante el otro. En la convivencia diaria se demuestra el amor y se ejercita y desarrolla su autenticidad y su verdad.

Apertura a la procreación

El amor, todo amor verdadero -el divino y el humano- es, esencialmente, fecundo y abierto a la vida. El amor de pareja, por naturaleza y de manera específica, está abierto a los hijos. Esta apertura, como corresponde a una facultad humana, ha de ser realmente humana y responsable; con una responsabilidad compartida por los esposos en libertad y generosidad.

Es inmadura y parcial una compresión del amor conyugal que no cuente con los hijos. Normalmente, la ausencia de apertura interior a los hijos indica que también la apertura al otro es más bien egoísta; proyectada como ámbito de la propia felicidad. El amor de pareja, que realmente sale de uno mismo hacia el tú del otro, continúa generalmente y sin reticencia hasta la donación; evidentemente sacrificada, pero gozosa, a los hijos.

El amor conyugal madura y crece cuando desde el corazón de cada uno de los esposos, conjuntamente, se abre hacia la vida de los posibles hijos, hasta la aceptación de otras vidas en la comunión de la propia existencia y del propio amor, de la propia felicidad. Así, la familia refleja y reproduce el dinamismo de la creación.

Fidelidad

La fidelidad es una actitud espiritual; no es fidelidad una palabra dada a una institución social, sino a una persona. El amor conyugal humano comporta la estabilidad y la continuidad. No tiene sentido vivir el amor al otro como algo provisional. El amor "quiere querer" siempre.

Desde el amor fiel, perenne y total de Dios manifestado en Cristo, la fidelidad del amor conyugal adquiere una consistencia y continuidad permanentes. La indisolubilidad no es una imposición externa al amor conyugal humano, sino una exigencia de su tendencia y vocación profunda, que se manifiesta con toda claridad en la revelación cristiana.

3. Etapas del amor conyugal

Tenemos que aprender a amar, permitiendo que Dios derrame en nosotros el don del amor; y, al mismo tiempo, que los demás nos enseñen y ayuden a amar. Debemos comprometernos con decisión libre a desarrollar el amor a lo largo de nuestra vida. Desarrollar el amor conyugal es una tarea sin límites. Nunca acabamos de hacerlo. El amor no puede decir jamás: "ya he hecho lo suficiente". Señalamos y describimos brevemente las etapas por las que suele pasar el amor conyugal.

Etapa del enamoramiento

Es aquella en la que predominan fundamentalmente los sentimientos. Período maravilloso en el cual los descubrimientos, en su mayoría son fuente de gozo. Es una etapa importante, en la que la pareja va aprendiendo a vivir uno con el otro, a ir teniendo espacios para dialogar, a ir descubriendo en la vida diaria cada uno tal cual es. Desde el primer momento, nuestra relación debe basarse en el respeto mutuo. No es raro que aparezcan dificultades en el curso de los primeros años. Estas primeras dificultades se deben, principalmente, al rodaje de los temperamentos y de los caracteres, a la "lucha" entre personalidades que no quieren doblegarse y a ciertas ilusiones que se difuminan un poco. Puede surgir una primera crisis (crisis de crecimiento) en la vida conyugal; cuando cada uno se da cuenta que: "esto va en serio, voy a tener que vivir siempre con él (ella)".

Se trata de aprender a amar al otro como un "adulto"; es decir, por él y no por uno mismo.

Etapa de exaltación

Esta etapa se yuxtapone, a veces, con la de la paternidad-maternidad. En esta etapa es cuando la relación de amor entre los esposos llega a una cierta plenitud; el amor se ha hecho fecundo en un nuevo ser: el hijo. Como seres humanos tenemos la tentación de amar por alguna razón; con el hijo experimentamos el amor sin razón alguna, con el amor más perfecto.

Etapa del realismo

En esta etapa, por la convivencia cotidiana, se ha ido descubriendo al otro y se va aprendiendo a amarle como es; voy aceptando al otro con sus defectos, diferencias, "abrazando" las dificultades que vayan apareciendo. Es un amor que puede conocer el sufrimiento y acepta sufrir. Se va venciendo el egoísmo en favor del "nosotros". Es un amor que "saca a la superficie" lo mejor de nosotros mismos. Este amor nos hace madurar en nuestro caminar para ser **dos** en **uno**. En esta etapa se dan marcadamente unas necesidades:

* La de ir amoldándose uno al otro. Este es un largo trabajo; fascinante, cuando se comprende que la vida hay que trabajarla.

* La del encuentro sexual. La sexualidad conyugal no es una señal de salida. Puede transcurrir tiempo hasta un encuentro en plenitud. Es un error creer que ha de ser perfecto desde la primera vez; más aún, creer que es conveniente tener relaciones antes del matrimonio. Es un camino en el que se ha de ir paso a paso, creando un verdadero diálogo entre los cuerpos, capaz de expresar los grandes valores de ofrenda y acogida.

* La del dominio. Es difícil "dejar ser" al otro. Tenemos ansias de poseer, dominar y nos revelamos ante el menor síntoma de ser dominados. Es una "lucha" sutil pero real. Ninguno puede dominar al otro; aunque en algún momento sintáis necesidad de depender, de recibir seguridad.

Etapa de la rutina

Aparece después de unos años de matrimonio. De la novedad que ha supuesto la convivencia, el nacimiento de los hijos, el "status" adquirido, etc. se pasa a vivir de modo rutinario. Nos cansamos. Estamos cansados de decimos que nos queremos y no somos capaces de inventar nuevas fórmulas.

Hemos de sentirnos personas vivas para mantener vivo el amor a lo largo de la vida; hay que revitalizarlo continuamente (voluntad); hay que volver a redescubrirnos, nunca llegaremos a conocer a la otra persona en plenitud.

Si se llega a superar esta etapa, la pareja puede disfrutar de un amor maduro y sumamente gratificante. Los hijos van creciendo y enriquecen considerablemente la vida familiar. La pareja, en plena madurez, ha llegado a un equilibrio, a una armonía: crear una unidad no una uniformidad. El compartir las alegrías y las penas, los recuerdos e inquietudes, han tejido unos lazos profundos entre los cónyuges. La familia está insertada en la vida social, abierta a los demás.

Etapa crítica

Hay momentos, que, a veces, coinciden con el entorno de los 25 años de matrimonio, en los que se puede pasar por una cierta etapa crítica: el matrimonio, con los hijos ya crecidos y casi independientes, vuelve a concentrarse sobre sí mismos. Y es posible que en vez de ponerse de acuerdo, en lugar de comprender, se creen tensiones entre ellos mismos o con las realidades que nos rodean.

Resolver bien esta etapa en la vida es fundamental para vivir en plenitud la segunda parte de la vida conyugal.

Etapa de plenitud

A estas alturas del matrimonio también pueden surgir dificultades. A veces coinciden con circunstancias externas que no ayudan a vivirla con serenidad: soledad, venida de los nietos, jubilación, deficiencias físicas, etc. Se vivirá bien, si hemos desarrollado plenamente las etapas anteriores. El amor no envejece. Con los años se lleva a plenitud, se manifiesta en una ternura recíproca.

Después de toda una vida, de tantos avatares, nos hacemos la pregunta: ¿qué es el amor? La respuesta: "Amar es que ella sea feliz, que él sea feliz". No es la felicidad "estar contento". La felicidad brota de dentro, y tiene su raíz en lo más profundamente humano; porque lo auténticamente humano tiene su fuente en Dios. En la auténtica felicidad, cada uno no existe más que para el otro. Es la plenitud, la perfección del matrimonio.

El Sacramento del matrimonio aporta a los esposos la gracia para vivir plenamente este amor, cuyas notas se deben ver no sólo como obligaciones o tareas, sino también como dones de Dios.

Síntesis del tema: ideas a resaltar en el diálogo

1. Hemos sido creados para amar. Al crearnos a su imagen, Dios, que es Amor, ha inscrito en la humanidad del hombre y de la mujer la vocación, la capacidad y la responsabilidad del amor y la comunión. El amor es, pues, la vocación fundamental del hombre. Cristo, que se hace hombre y muere por nosotros, es el modelo supremo del amor de Dios,
2. El hombre vive entre el egoísmo y el amor. El egoísmo tiene a uno mismo como centro e impulsa a relacionarse con los demás con vistas al propio provecho; el amor nos saca de nosotros mismos para centrar su atención en el bien del otro. "Amar es hacerse cargo del ser y de la vida del otro, considerar la vida y la felicidad del otro como parte de la propia vida y felicidad.
3. No ha de confundirse el amor con la emotividad o la afectividad, aunque el afecto sea un componente casi constitutivo del amor. La emotividad y la afectividad son como la epidermis del amor, y lo favorecen; pero el amor hunde sus raíces en algo más profundo, ya que toca el ser de cada persona y la totalidad de la persona.
4. El amor conyugal tiene diversos componentes complementarios: la corporalidad (que incluyen la sexualidad y genitalidad), la afectividad (sentimientos, emociones y sensibilidad), la espiritualidad (implica la racionalidad y la voluntad: la elección de la otra persona, por ella misma). Y la dimensión trascendental: la otra persona es irreemplazable e irrepetible, porque en ella habita Dios, que la ama por sí misma, es templo vivo de Dios. Todos estos niveles son necesarios y complementarios.
5. Las cualidades del amor conyugal son enriquecedoras: totalidad (un amor que exige la exclusividad de la entrega, ser compartido sólo con una persona); reciprocidad (el amor de los esposos exige correspondencia, sin egoísmos); convivencia y sexualidad (se despliega en la convivencia diaria y exige expresarse sexualmente); apertura a la procreación (amor fecundo, abierto a la vida de los hijos); fidelidad (un amor que "quiere querer siempre", hasta que la muerte nos separe).
6. El amor conyugal encuentra en el matrimonio, tanto en el orden personal como en el social, las mejores posibilidades de realización. Es un contrato que compromete a las partes a construir una comunidad de vida y de amor. La Iglesia lo eleva a Sacramento.
7. El matrimonio y el amor conyugal son dos realidades siempre inacabadas, en continuo proceso de consolidación; un camino que se acabará con la muerte.
8. Amar es un arte. El éxito de una pareja no se mide por la ausencia de dificultades, sino por la capacidad y el acierto en superarlas y de vivir el reto apasionante de un amor compartido, abierto a la vida, fiel, exclusivo y permanente.

CUESTIONARIO

1. El amor debe cultivarse constantemente. ¿Cómo lo cultiváis vosotros? ¿Hay peligro de descuidar este cultivo durante el matrimonio?
2. Exponed hechos en que se note que, en un matrimonio, uno de los cónyuges o los dos no han alcanzado un amor adulto.
3. El amor conyugal hace a los esposos verdaderos amigos. ¿Estás de acuerdo con esta afirmación? ¿Qué supone?
4. El amor conyugal, ¿debe separar de la familia?, ¿debe aislar de los amigos? Razonad vuestras respuestas.
5. ¿Crees que la simple búsqueda de la satisfacción placentera en las relaciones hombre-mujer se puede llamar "amor"? Razona tu respuesta
6. El amor en el matrimonio es: ¿una conquista?, ¿un don?, ¿una tarea?, ¿una rutina?, ¿un camino fácil? Escoged las dos palabras con las que más os identifiquéis y razonad vuestra elección.